



CULTURA

JOSE SANTOS GONZALEZ VERA

EL OFICIO DE VIVIR

Parece una clase de hombre en peligro de extinción. En el año de su centenario, la sobria pluma del Premio Nacional de Literatura de 1950 está siendo recordada con una simpleza que el escritor siempre agradeció. Aunque en rigor, merece mucho más.

COMO el de muchos otros escritores, el de José Santos González Vera es un nombre extraño en los archivos de prensa, un nombre dejado de lado, más cercano a un olvido injusto que a cualquier tipo de homenajes. Hay, por cierto —y cómo no decir por suerte—, excepciones que permiten rastrear en la singular historia de este hombre nacido en El Monte en septiembre de 1897 y en su no menos original obra. También existen numerosas cartas y estudios de la época, que sus descendientes cuidan con extremo cuidado.

Es el año de su centenario y por ese motivo la Fundación Pablo Neruda le acaba de dedicar varios artículos de su revista *Cuadernos* y la editorial Lom se arriesgó a publicar una nueva edición de su primer libro, *Vidas místicas*. Ambos hechos aparecen como reminiscencias de un tiem-

po en que el autor era citado con frecuencia en los diarios y, para bien o para mal, estaba en boca de muchos de los literatos de su generación.

De González Vera se empezó a saber a principios de los años 20, cuando por su amistad con el líder estudiantil Juan Gandulfo y sus deseos de redención social, se vio envuelto en los sucesos que terminaron con el brutal asalto a la Federación de Estudiantes por parte de los jóvenes del Club Fernández Concha.

Por esos días, participaba junto a su gran amigo Manuel Rojas en la redacción de las revistas *Juventud* y *Claridad* y fueron víctimas del allanamiento a la pequeña oficina de la imprenta Numen, también albergada en el edificio de la FECH. Uno de los documentos que se perdió en el allanamiento fue justamente el original de los relatos que más tarde, devueltos a su autor por un policía, conformarían *Vidas místicas*: "El conventillo" y "Una mujer".

José Santos González Vera, que desde sus primeras publicaciones acostumbró a firmar sólo con sus dos apellidos, había

comenzado a escribir un poco antes, alentado por el poeta Domingo Gómez Rojas, que, elocuente y fantasioso, se empeñaba en convertir a sus amigos en escritores. Un día en que González Vera caminó con él por las riberas del río Mapocho, le recomendó dedicarse a los cuentos. Cuando la joven promesa le confesó que no tenía muchos temas, el vate simplemente le dijo: "Escribe sobre lo que has visto y vivido, sobre tus amigos y conocidos. En la literatura todo vale".

NI CANTOR, NI GIMNASTA

Vista su vida, no era poco lo que tenía para contar. González Vera pasó la infancia en Talagante, donde quedó en evidencia que era demasiado inquieto para el tedio de la provincia. No por nada llegó a decir que "quizá optara uno por ser el mismo si le fuera permitido renacer, pero seguramente no quería pasar su infancia en una aldea, porque el espíritu que ahí se plasma es anodino, indefinido y lento". El mismo fue una excepción, aunque su pudor le impedía reconocerlo.

Fueron precisamente esos años lentos los que inspiraron su segundo libro, *Albúf*, publicado en 1928 y calificado de perfecto por los críticos más entusiastas del momento.

Al contrario de los escritores que privilegian el paisaje y lo pintoresco de la chilendad, en ese trabajo el autor deja en paz a los héroes estereotipados del campo para enfocarse a otros sin relieve literario y hasta completamente aburridos, a los que mira con un realismo impregnado de humor y una cierta ironía más tierna que corrosiva. Un buen ejemplo es la descripción del almacenero don Nazario, un hombre al que "nunca le abandonaba esa especie de tristeza carnal que vive y permanece en quien no ha conocido más mujer que la propia".

Cuando el pequeño José Santos cumplió 10 años, la familia se trasladó a la capital y el padre se empleó en "un mísero cargo burocrático". El niño entró al Liceo Valentín Letelier, donde, dada su inclinación por la lectura, se le auguraban buenas calificaciones, premios y medallas. Pero en un primer gesto de la anarquía que muy luego abrazaría, determinó hacerse su propio currículo, descartando asistir a clases de canto, caligrafía y gimnasia, ya que no quería ser cantor, no pensaba en perfeccionar su letra y no sentía ningún interés por el deporte. Cuando fue llamado al orden se limitó a explicar que lo que más le interesaba era la calle. Y ahí mismo fue a parar. Sordo a cualquier lógica, el inspector general lo expulsó al instante.

El oficio de vivir [artículo] Carolina Robino.

Libros y documentos

AUTORÍA

Robino Z., Carolina

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El oficio de vivir [artículo] Carolina Robino. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile